

ARTE, CIENCIA Y HUMANIDAD: DILEMA Y PROBLEMAS

*Mi intelecto libré de pensar bajo,
bañó el agua castalia el alma mía,
peregrinó mi corazón y trajo
de la sagrada selva la armonía.
Rubén Darío*

*Ivonne Leyton**

En el frenético mundo moderno en el que vivimos, la ciencia y la tecnología imperan en muchas expresiones de nuestras vidas. Es una época dorada donde el conocimiento está al alcance de todos, a tan sólo un “clic” de distancia, donde miles de personas se convierten en el día a día y por la interacción con toda esta parafernalia tecnológica, en científicos consumados o en cierne.

La sociedad se embriaga con cada nuevo artilugio tecnológico que sale al mercado. El materialismo nunca ha alcanzado niveles tan altos como en la actualidad. La premisa de hoy es: quiero tener lo mejor, en lugar de quiero ser mejor. Las personas se están convirtiendo en un ente que acumula objetos según sus gustos, pensando en la máxima: vale por lo que tiene y luce, y no por lo que es y hace.

Estamos presenciando la transformación del hombre en máquina. Aunque dicha transformación no acontece como la esperaban los escritores de ciencia ficción (Clarke, Bradbury, Asimov, entre otros), quienes imaginaban cambios en el cuerpo de las personas. No, esta conversión tiene que ver con algo intrínseco a la condición humana,

aquello que lo diferencia de otros seres vivos y que en la cultura cristiana, se le llama alma.

El hombre del siglo XXI está dejando de ser humano para convertirse en un objeto más del mundo material que nos rodea. Como un automóvil cuyo precio aumenta según el lujo que ostenta en su presentación externa y/o accesorios internos ultra modernos que porta; así el hombre de hoy se “valora” ante sus pares por las cosas que compra y exhibe en su cotidianidad.

Durante siglos los seres humanos libraron cruentas batallas contra las adversidades de la naturaleza, logrando dominarla con el fin de mejorar la vida material. Durante ese largo proceso fue adquiriendo el conocimiento, alimento del alma, lo cual no es nada fácil de ignorar: “El hombre es un ser cuya característica primaria es ser “racional”, por lo que la función más humana es “conocer y saber”, pues para ello tiene la “razón o inteligencia” (E. Fernández, 1980, p.7)

La sed de conocimiento y con ello de mejoras en sus condiciones de vida, motivó al hombre a recorrer millones de kilómetros, a explorar tierras extrañas, a descubrir espacios geográficos que

*Estudiante de 6° año de Medicina General

presentaran condiciones de vida óptimas para vivir. Una vez establecido continuó el estudio de su entorno hasta aprender las leyes que regulan el funcionamiento de la naturaleza, con el fin de dominarla y hacerlas que obedecieran a sus necesidades y de esa manera agenciarse todos los productos necesarios para su supervivencia.

El alma humana sin embargo, como toda entidad vital, inmaterial (espiritual) no se contenta con la condición del recibir, se apresura para abrirse al dar. No sólo necesita de manera pasiva “alimentarse” sino que se ejercita para “producir” valores los cuales toman formas corpóreas en las personas como expresión de vida. En esta condición, el arte hace su aparición en el mundo, como una expresión sublime del alma.

En los últimos tiempos desafortunadamente el arte como expresión innata de la vitalidad del ser humano, ha cambiado mucho, y se podría decir que se ha ido perdiendo, debido a una insana afición por los objetos prácticos, entronizándose una cultura utilitaria frugal. Una corriente pseudocientífica aupada por la moda tecnológica, se ha esparcido, propugnando un conocimiento cuyo fundamento es la producción del objetos tangible y/o vendible; o en términos más directo, algo que llene las insaciables necesidades del cuerpo, dejando a un lado darle atención al alma (la subjetividad inmaterial propia del ser humano) la cual está revestida de vitalidad y significaciones.

Esta corriente pragmática de pensamiento, “del usar y tirar”, ha perdido el sentido de la vida humana en su integralidad. Está creando seres incapaces de experimentar un sentimiento real, espontáneo ¿Cuántas personas hoy día, se conmueven con mayor facilidad, al observar las múltiples funciones que ejecuta su teléfono celular, que al presenciar una obra de teatro? o ¿cuántos son capaces de comprender las emociones y sentimientos que genera la lectura

de un poema o la contemplación de un cuadro de algún pintor o artista visual?

En la actualidad se pueden encontrar personas con el conocimiento adormecido, porque únicamente se interesan por aprender lo elemental, lo estrictamente necesario --desde el punto de vista material-- para vivir. Con esa actitud indiferente, le están rindiendo culto a la banalidad, al centrar su atención únicamente al trabajo utilitario, mientras su alma muere, languidece de ejercicio vital, creando esa incongruencia entre cuerpo y alma y no logrando una vida plena.

El ser humano, de acuerdo a la creencia occidental y cristiana, es una criatura dual: en ella conviven alma y cuerpo. No puede sobrevivir únicamente con una de sus partes, de esta manera, si el alma muere, el cuerpo enferma y tarde o temprano corre la misma suerte de la primera.

En este mundo altamente sofisticado, la vida del hombre en su cotidianidad se ve asediado por una terrible plaga, llamada estrés. En términos médicos se conoce como síndrome general de adaptación (SGA), que como el dios griego Morfeo, adquiere mil formas para acabar con la existencia del hombre: el cáncer, el infarto agudo al miocardio, los accidentes cerebrovasculares (conocidos popularmente como “derrames cerebrales”), la depresión, el suicidio y otras enfermedades de origen psicossomático.

Las mencionadas patologías, presente antes en personas de la tercera edad, hoy día se ven cada vez con mayor frecuencia en jóvenes adultos, a quienes le arrebatan la vida en porcentajes que aumentan de manera exponencial. Muchas de estas personas mueren en la flor de la juventud, sin que las potencialidades del alma se desarrollen. En otras palabras pasan por la vida sin dejar ninguna huella, situación parecido a lo que le sucede a los seres irracionales.

Con el fin de armonizar cuerpo y alma y evitar que esta última “muera” y arrastre con ella a la primera, se le debe alimentar por medio de ejercitarse en alguna modalidad artística. Con respecto a esto, muchos dirán que no todos somos artistas, incluso existen personas que consideran que no poseen talento alguno, siendo esto un error. Cada persona posee una cualidad particular que debe descubrir y ejercitar por el bien suyo y por su entorno.

La mayoría de las personas no desarrollan su potencial por el desconocimiento de sus propias habilidades, por miedo a conocerse a sí mismas y a no encajar en una sociedad que castiga la introspección y la autenticidad. Por oposición, promueve el exhibicionismo más irracional e insulso y otras banalidades cotidianas.

Otros piensan que no pueden hacer arte porque no tienen las habilidades necesarias para tañir un instrumento, o la fluidez corporal para bailar, o la presencia escénica para actuar, o la musicalidad para rimar. En ese sentido, creen que la pintura, la poesía, la danza, el canto o el teatro son las únicas formas de arte.

El arte es toda actividad que el ser humano realiza con destreza, amor y belleza, fusionando con armonía las capacidades innatas con las adquiridas o desarrolladas por el individuo a lo largo de su vida. Esta condición, genera productos hermosos, útiles (a la mente y/o al cuerpo), despertando sentimiento los cuales al canalizarse en una velada pública, se produce un diálogo entre el artista y el espectador quien por medio de experiencias vicarias se identifica con la representación. Bajo este concepto se ejercita la comunicación, el diseño o la arquitectura, la política, el arte de amar, la medicina o arte de curar.

El ser humano, es una criatura maravillosa capaz de desempeñar exitosamente más de un tipo de arte. En la antigüedad esto era algo común, los libros de historia dan cuenta de la vida de grandes personalidades con conocimientos vastos en idiomas, en física, química, ingeniería, medicina, música, pintura; basta con mencionar a Leonardo Da Vinci, genio del Renacimiento que a casi 500 años de su muerte, su nombre aún resuena en todo el mundo, gracias a su grandioso legado.

La sociedad actual que vivimos, limita el crecimiento del ser humano, fraccionándolo, obligándole a ejecutar una sola labor repetitiva, rutinaria, como ocurre en la cadena de producción de una empresa manufacturera. Un trabajador sólo se dedica a marcar, otro a cortar, otro a pegar y así sucesivamente, como bien lo reconoce la teoría de “especialización”, convirtiendo a la persona en un autómeta.

La actividad laboral manual, donde la creatividad está ausente (porque todo está delimitado y racionalmente definido), hace que el individuo no conozca ni pueda hacerlo todo dentro de una cadena de producción. Esta condición laboral pasiva, genera en las personas un conformismo destructivo, cortando su crecimiento y sus posibilidades de superación espiritual.

Aunque algunos discrepen del simplismo de esta afirmación, se puede decir que el actual sistema social hegemónico que impera en el mundo occidental y cristiano, ha obligado al ser humano a elegir: entre ser un científico (u hombre de ciencia) o un artista (humanista). Es un debate sostenido por siglos, en especial dentro de escuelas filosóficas empirista e idealista, que en nuestros días establecen el dilema de ser pragmático o utópico.

Al intentar hacer la anterior división, se busca separar el cuerpo del alma. Dentro de los valores

sobre los cuales se problematiza en este ensayo, es imposible que suceda sin que acontezca la muerte de la persona. Como dijo el famoso médico internista francés Armand Trousseau (1869): Cada ciencia toca el arte en algún punto y cada arte posee su aspecto científico; el peor hombre de ciencia es aquel que nunca es un artista y el peor artista es aquel que nunca es un hombre de ciencia (p.22).

El médico, el científico, no tiene por qué reprimir o desdeñar sus inclinaciones artísticas, sólo porque su profesión le impulsa hacia la evidencia tangible, a lo pragmático. El arte de la medicina no únicamente implica curar el cuerpo y aliviar el dolor físico, también el sanar la psiquis, consolar el alma.

¿Cómo podrá el médico comprender y atender las dolencias del alma, si su propia alma sufre represión o agoniza? ¿Cómo curará esa parte intangible del ser humano si se le enseña a renegar de la propia? El médico debe ser un artista consumado, pues tiene que hacer gala diariamente de sus talentos en el arte de la comunicación (empatía), el arte de diagnosticar (usando diestramente sus conocimientos teórico-prácticos), y el arte de amar. Para esta última condición, debe desarrollar una sensibilidad extraordinaria, sabiendo reconocer las cosas más sencillas hasta las más sublimes; lo anterior se logra únicamente con un conocimiento del arte en general.

El Dr. Luis H. Debayle, (1865-1938) famoso médico leonés, es un magnífico ejemplo de cómo una persona con cualidades y valores cultivados y desarrollados alrededor de la ciencia, puede brillar en la medicina sin dejar a un lado su faceta artística. Su amor por las letras, la poesía y la cultura en general, es algo que muchos nicaragüenses admiran en ese insigne galeno.

El Doctor. Debayle fue un eminente médico, padre de la cirugía científica en Nicaragua, graduado de la prestigiosa Universidad de La Sorbona de París, pionero de la raquianestesia y las transfusiones sanguíneas; insigne catedrático de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Nicaragua; fundador del Hospital San Vicente de la ciudad de León. También fue poeta, filósofo y escritor, entre sus libros más conocidos están: “Pensamiento y reflexiones”, “Ritmo y alma”, “Aforismos y sentencias”, “Al correr de la vida”, “Saturación antiséptica” y “Raquianestesia”.

Fue buen amigo y médico de cabecera del Príncipe de las letras castellanas, Rubén Darío, con quien asistía a las múltiples actividades literarias que se efectuaban tanto en Europa como en Nicaragua. El Dr. Debayle fue uno de los fundadores de la Academia Nicaragüense de la Lengua (mayo de 1928), siendo un miembro de la misma hasta su muerte en 1938.

Fue conocido en su época como el sabio Debayle, un ser humano completo, que vivió y triunfó en las ciencias y en las artes. El propio Dr. Debayle (1929) expresó: “que el arte no está reñido con las matemáticas y que, si la mediocridad no alcanza la generalización y la universalidad, ésta es, en cambio, patrimonio de mentalidades superiores” (pág.4).

Para concluir, se debe erradicar el conformismo y la mediocridad que se apodera de las nuevas generaciones. si no se actúa ahora, el proceso evolutivo de progreso de la sociedad, iniciado siglos atrás, pudiera verse afectado, porque el ser humano dejaría de ser sujeto para convertirse en objeto, en una cosa más del mundo material.

El ser humano debe desarrollar todo el potencial que Dios le ha otorgado para vivir a plenitud, para ser feliz y para dejar una marca indeleble en las páginas de la historia. Sigamos las sabias palabras

de San Agustín: “Conócete, acéptate, supérate”.
Como dijo nuestro insigne poeta, Rubén Darío:
“Mas por gracia de Dios, en mi conciencia
el Bien supo elegir la mejor parte;
y si hubo áspera hiel en mi existencia,
melificó toda acritud el Arte”

Referencias

- Fernández Sabaté. E. (1980). Compendio de Filosofía y Lógica. Buenos Aires: Ediciones Depalma
- Darío. R. (1905). Cantos de vida y esperanza. Managua: Editorial Cultural
- Fisher. L. (Abril, 2012) Biografía del doctor Luis Henry Debayle Pallais. Recuperado el 28 de abril de 2012, de [http:// leninfisher.blogspot.com/2012/04/biografia-del-doctor-luis-henry-debayle.html](http://leninfisher.blogspot.com/2012/04/biografia-del-doctor-luis-henry-debayle.html)